

**EL DESARROLLISMO LATINOAMERICANO
EN LOS AÑOS DE LA GUERRA FRÍA.
Un ensayo sobre la disputa por el desarrollo**

*LATINAMERICAN POLICY OF ECONOMIC DEVELOPMENT
IN THE COLD WAR PERIOD.*

An essay about the dispute to reach development.

autor
Pablo Iriarte Bustos¹

RESUMEN

La historia de la Guerra Fría es enmarañada. Una caricaturesca polaridad, a menudo promocionada tanto por Estados Unidos como por la Unión Soviética, revistió la complejidad con la que dicho conflicto modelaba el pensamiento y las prácticas del llamado “tercer mundo”. En el presente ensayo reflexiono sobre el concepto de desarrollo, una especie de significativo vacío, objeto de disputa entre diversas concepciones político-económicas que se situaban entre los Estados Unidos y su Alianza para el Progreso y, en ausencia de los soviéticos, Cuba y la vía revolucionaria. El pensamiento y la práctica latinoamericana durante el período en cuestión enfrentaron el desafío de determinar los vínculos entre desarrollo, modernización, planificación y revolución. La búsqueda del desarrollo, ese horizonte siempre esquivo, generó una institucionalidad que sigue aun plenamente vigente y que inevitablemente nos recuerda los fríos años en que la bipolaridad de las potencias era fuente de incertidumbre para las periferias.

PALABRAS CLAVE: desarrollo, significativo vacío, Guerra Fría.

ABSTRACT

The history of the Cold War is intricate. It is possible to observe a stereotypical representation of polarity, promoted by the United States as well as the Soviet Union, that disguised the complexity of the process by which this conflict shaped the thoughts and the actions in the “Third World”. The present article is a reflection about the concept of development, “a meaningless signifier”, that has been in dispute among political-economic notions of the United States of America and its Alliance for Progress, in absence of the Soviets, Cuba and the Revolutionary Road. The Latin American thought and actions during the period encountered the challenge to adjust the ties among development, modernization, planning and revolution. The search for development, that elusive horizon, brought in an institutionalism still prevailing, which reminds us of those cold years when the bipolarity of the economic powers was the source of uncertainty for the peripheral countries.

KEYWORDS: development, meaningless signifier, Cold War.

LAS FÓRMULAS DEL MUNDO POSHISTÓRICO

Cuando el 9 de noviembre de 1989 se abrió la frontera amurallada que separaba Berlín este y oeste se produjo, sin duda, un entusiasmo generalizado. En todo el mundo se observó cómo comenzaba a desmontarse “el muro” que había sido construido, en gran medida, para evitar la salida masiva de población desde Alemania oriental hacia el oeste. Incluso quienes anticipaban que el derrumbe no sólo era el fin de la vergonzosa necesidad de separar a la población, sino que las piedras y el escombro resultantes servirían para construir el mausoleo de la Unión Soviética, probablemente no evitaron manifestar su satisfacción, fuera esta más o menos sincera. Finalmente, no hay nada más políticamente incorrecto que defender un muro, a menos que se sea chino y se conozca de qué son capaces los guerreros mongoles. Pero el gobierno de la República Democrática Alemana tenía su propia versión de los mongoles, por eso había denominado la muralla como “muro de protección antifascista”. Por largos años este tipo de denominaciones movilizó los miedos de la sociedad de postguerra. Sin embargo, a esas alturas, las formas básicas de la propaganda habían caído en descrédito.

En “La vida de los otros”²—película alemana que retrata la relación anónima de un ortodoxo y eficiente agente de la STASI con un escritor que, inspirado en Brecht, se hace crítico del régimen de Alemania oriental enviando escritos de denuncia a la zona oeste—, se cuentan dos chistes que, según podemos suponer, circularon durante los últimos años en que el muro estuvo en pie. La escena sucede de la siguiente manera: Wiesler, el convencido oficial comunista, entra al casino de la policía junto al oficial Grubitz, un antiguo

camarada, caracterizado por su oportunismo y ambición de poder. Al sentarse escuchan a cuatro jóvenes policías conversar. Uno de ellos comienza a contar un chiste sobre “el camarada Honecker”. Rápidamente se da cuenta de que los oficiales sentados cerca lo escuchan, y calla. Sin embargo, Grubitz lo obliga a terminar el chiste. El joven policía prosigue: “Honecker abre la ventana, ve al sol y lo saluda: ‘buenos días, querido sol’. El sol contesta: ‘buenos días, querido Erich’. Más tarde, Honecker se asoma nuevamente a la ventana y dice: ‘Buenas tardes, querido sol’. El sol responde: ‘buenas tardes, querido Erich’. Por la noche, Honecker dice de nuevo: ‘buenas noches, querido sol’. El sol no responde. ‘¿Qué pasa?’, pregunta Erich. Y el sol responde: ‘jódete, ahora estoy en occidente’”. Todos ríen, excepto Wiesler. Grubitz súbitamente detiene su risa y comienza a interrogar al policía. Tras pedirle sus datos personales, le reprende: “No tengo que decirle lo que esto significa para su carrera. Burlarse del partido es incitación y eso es quizás sólo la punta del iceberg”. Ante la cara de consternación de los jóvenes, Grubitz se larga a reír. Simplemente está bromeando. Además, tiene un chiste mejor: “¿Cuál es la diferencia entre Honecker y un teléfono?”. Ante el silencio de los presentes, y con una burlesca carcajada, responde: “ninguna, a los dos hay que colgarlos”. Finalmente, la película deja una desconcertante sensación respecto al fin del socialismo alemán y la caída del muro, como si personajes oportunistas y grotescos como Grubitz, que obtenían beneficios

2.- Cfr. HENCKEL (2006).

del régimen sin tener realmente ningún respeto por él, hubieran terminado mejor acomodados a la nueva realidad que muchos otros que renunciaron a sus beneficios para rebelarse o que trabajaron disciplinadamente por él sin notar, hasta el final, que lo hacían realmente en beneficio de aquellos personajes oportunistas y grotescos.

Desde el punto de vista de un incauto, la imagen de la caída del muro podía significar dos cosas: el triunfo del socialismo en todo el mundo, lo que hacía innecesario el bloqueo, o el triunfo del occidente capitalista en su guerra de desgaste contra el imperio soviético. Evidentemente significaba lo segundo. De manera más matizada, representaba la imagen del colapso de la frontera occidental del imperio inaugurado en 1917, a lo que seguiría un rápido desmoronamiento político y económico que alcanzaría a Moscú en 1991.

Uno de los testimonios triunfales más recordados del fin de la Guerra Fría fue aquel escrito por Francis Fukuyama: “¿El fin de la historia?”. Fukuyama, que no tenía nada de incauto, vio publicado su artículo en 1988, pocos meses antes de la caída del muro, produciendo una simultaneidad entre ideas e historia que lo transformó en un éxito inmediato. Este acierto le valió la comparación con otros como el de Ulrich Beck, quien publicó “La sociedad del riesgo” el mismo año que sucedió el desastre nuclear de Chernóbil, e incluso también con Marx, no precisamente por estar cerca de su estatura intelectual, sino porque éste último marcó un hito en la historia de las ideas con la publicación, junto a Engels, de “El manifiesto comunista” al calor de las revoluciones de 1848.

Con un tono algo impostado entre la nostalgia y el aburrimiento, Fukuyama desempolva al Hegel liberal, leído a través de Kojève, para fijar la ima-

gen del fin de la historia en una clave post-Guerra Fría: “Podríamos resumir el contenido del Estado homogéneo universal como democracia liberal en la esfera política unida a un acceso fácil a las grabadoras de video y los equipos estéreos en la económica”.³ Una versión actualizada del “There’s no way like the american way”, pero apoyada ahora por el mismo filósofo que había entregado a Marx la “semilla racional” de la dialéctica y respaldada por el peso de los bloques de concreto que se derrumbaban en Berlín. La solución del último gran antagonismo histórico, la Guerra Fría, abría paso a un mundo *poshistórico*:

*La lucha por el reconocimiento, la voluntad de arriesgar la propia vida por una meta puramente abstracta, la lucha ideológica a escala mundial que exigía audacia, coraje, imaginación e idealismo, será reemplazada por el cálculo económico, la interminable resolución de problemas técnicos, la preocupación por el medio ambiente, y la satisfacción de las sofisticadas demandas de los consumidores. En el período poshistórico no habrá arte ni filosofía, sólo la perpetua conservación del museo de la historia humana.*⁴

Sin embargo, Fukuyama daba aún a la Unión Soviética una posibilidad de elección o, más bien, vislumbraba la posibilidad de que ésta errase en el camino hacia dicho mundo poshistórico:

La Unión Soviética, por tanto, se encuentra en un punto de bifurcación del camino: puede comenzar

3.- FUKUYAMA (1990) p. 15.

4.- FUKUYAMA (1990) p. 27.

*a andar por el que Europa occidental demarcó hace cuarenta y cinco años, un camino que ha seguido la mayor parte de Asia, o puede consumir su propia singularidad y permanecer estancada en la historia. La decisión que adopte será muy importante para nosotros, dados el tamaño y el poderío militar de la Unión Soviética; porque esta potencia seguirá preocupándonos y disminuirá nuestra conciencia de que ya hemos emergido al otro lado de la historia.*⁵

Resulta llamativa la idea de que mientras el mundo que ha seguido el derrotero de la Europa Occidental se hace poshistórico, la Unión Soviética pueda permanecer estancada en la historia y con ello producir un debilitamiento de la conciencia poshistórica. La forma de permanecer en la historia no sería ya la del gran conflicto, dado que la Guerra Fría llega a su final, sino el “consumar su propia singularidad” y alejarse del mundo poshistórico que se resume en la fórmula: “democracia liberal + grabadoras de video = Estado homogéneo universal”. Al leer la fórmula poshistórica de Fukuyama, que puede ser considerada como una imagen liberal del fin de la historia, no pude evitar recordar que los soviéticos también tuvieron la suya. En la Galería Tate de arte moderno, en Londres, en el salón *Russian Revolutionary Posters*, es posible encontrar la fórmula bolchevique: “soviets + electricidad = comunismo”. Lenin la formuló en 1920, fue difundida en las calles de la Rusia revolucionaria a través de los posters callejeros que hoy los británicos atesoran como obras de arte moderno y Stalin se

encargó de mantenerla vigente por largo tiempo (ver imagen 1).

Aunque anterior, la fórmula de “soviets + electricidad” fue por mucho tiempo contemporánea y en alguna medida competidora de la “American way of life”, cuya imagen hizo famosa la fotógrafa Margaret Bourke-White a fines de los años 30, cuando mostró la paradójica combinación del billboard donde una feliz familia norteamericana se presenta bajo la insignia “*world’s highest standard of living*” y frente al cual se agolpa una fila de damnificados que prefiguran el colapso de la gran depresión (ver imagen 2). Con todas las diferencias que implica el hecho de que la primera fórmula corresponde a una sociedad campesina en acelerado proceso de industrialización y la segunda a una sociedad industrial que comienza a conocer el consumo masivo, ambas pueden ser consideradas fórmulas sumarias del fin de la historia, es decir, del mundo poshistórico.⁶ Fukuyama reactualizará la clásica insignia norteamericana transformándola en una fórmula de tipo soviético (“democracia liberal + grabadoras de video = Estado homogéneo universal”), precisamente en los años en que la fórmula de Lenin se transformaba en un objeto de galería de arte. A mi entender, ambas formas de pensar corresponden a una imaginación del fin de la historia. Un fin pensado como último estadio de un proceso que se consolida con la sumatoria de un cierto régimen político y un determinado estado de progreso industrial.

5.- Ibid. p. 26

6.- Es de suponer que los soviéticos se habrían sentido más a gusto con designar este período de plenitud al que apunta la fórmula mencionada como propiamente histórico, haciendo caso a la provocación de Marx en su *Contribución a la crítica de la economía política* (1970) p.10, respecto a que la superación de los antagonismos económicos y sociales propios del capitalismo son la superación de la prehistoria de la humanidad. Sin embargo, elijo la formulación de mundo poshistórico de Fukuyama por ser un concepto cabalmente de guerra fría.

EL TERCER MUNDO Y LA DISPUTA POR EL DESARROLLO

En 1952, Alfred Sauvy publicó en L'Observateur el artículo "Trois mondes, une planète", en el cual acuñó el término "tercer mundo". Al primer mundo capitalista le acompañaba un segundo mundo, su rival comunista. Tras estos hervía un tercer mundo que se ubicaba al margen de los dos anteriores. La taxonomía que Sauvy propuso, siguiendo el modelo del tercer estado francés, para llamar la atención respecto a un mundo postergado y explotado que quería también "ser algo", tuvo gran éxito y se insertó en el vocabulario político, técnico y cotidiano. Así, fue alterando su significado original y se hizo parte de un amplio campo semántico: atraso, subdesarrollo, dependencia, modernización, etcétera. Pero, si el primer mundo buscaba, en el decir de Fukuyama, democracia política más grabadoras de video en cómodas cuotas, y el segundo mundo aún batallaba por cumplir la proclama leninista de soviets más electrificación en toda Rusia, ¿qué fórmula describía la finalidad histórica del tercer mundo?

Fue el concepto de desarrollo el que ocupó el lugar central en el campo semántico que se abrió a lo largo de la Guerra Fría para evaluar la realidad y proyectar el futuro de los países del tercer mundo. Especialmente fuerte en América Latina, el desarrollismo se convirtió en una ideología ampliamente difundida, vinculada al concepto de modernización, y modeló así la versión tercermundista del fin de la historia. Dada su doble acepción, el concepto de desarrollo enuncia tanto el camino como la meta, la situación de tránsito —"el proceso de desarrollo"— y la promesa —

"país desarrollado"—. El desarrollo, a menudo, se transformó en un horizonte móvil que se alejaba cada vez que se daban los grandes saltos que se requerían para lograrlo. Acaso como un espejismo, movilizaba masivas energías a menudo frustradas por la imposibilidad de lograr exitosamente un estado de cosas cuya definición era ambigua en términos de contenidos políticos y económicos.

Muchas veces resulta imposible encontrar en los autores que escriben sobre el tema una definición precisa del concepto de desarrollo. Tal como hemos dicho, se plantea como proceso y como meta, pero mantiene un alto nivel de indeterminación. Por lo mismo, su sentido sólo se comprende al sumergirse en la red semántica con la que se asocia.

Ernesto Laclau ha utilizado el concepto de *significante vacío* para referirse a aquellos casos en que no es posible reconocer un significado específico. Sin embargo, aún en ausencia de significación precisa, se articulan en el proceso de significación y, por ende, el vacío tiene un sentido positivo. Se origina una *plenitud indiferenciada* que no es abstracta, sino vacía. La función de estos significantes vacíos sería permitir la articulación hegemónica de los discursos políticos de diversos sujetos sociales.⁷ Tomo esta sugerente noción para adaptarla a la reflexión sobre el desarrollo, dado que, según parece, este concepto participa precisamente de esa peculiaridad. El concepto de desarrollo aparece como un *significante vacío* en el que converge una pluralidad de intereses, pero que debe ser definido a través de su inserción en

7.- Cfr. LACLAU (1996).

cierta semántica particular por quienes intentan hacerlo productivo en el discurso y en la práctica política y tecnocrática.

Por lo mismo, la idea de desarrollo en América Latina se vio siempre tensionada por los dos modelos de finalidad histórica puestos en marcha por los antiguos aliados que se enfrentaban ahora en una Guerra Fría global. Por la ambigüedad inherente al concepto, pudo ser disputado por visiones proclives al primer y al segundo mundo. En el fondo, esta disputa fue posible precisamente por una coincidencia: ambos mundos eran industrialistas en lo económico e internacionalistas en lo político, es decir, planteaban sus modelos políticos como válidos para toda sociedad y sus modelos económicos como salida del subdesarrollo para cualquier sociedad agraria o de economía “atrasada”.

Si bien es cierto que la pertenencia de América Latina al área de influencia norteamericana no estuvo nunca en discusión, al menos en un nivel significativo entre ambas potencias, Cuba planteó el contrapunto a la propuesta de desarrollo como modernización liberal tal como fue propugnada por la Alianza para el Progreso que el gobierno norteamericano echó a andar en 1961, dos años después de la revolución cubana (ver imagen 3). Este era el brazo político-económico de la relación establecida por Estados Unidos con América Latina, siempre acompañado por la fuerza militar que, bajo la doctrina de la seguridad nacional y la práctica de la guerra antisubversiva, constituyó una especie de “Plan B” para la intervención en el continente. Pero lo que interesa ahora es ver los contenidos del “Plan A”, la Alianza para el Progreso.

En la Carta de Punta del Este de 1961 se detallan los objetivos de la recién fundada Alianza entre Estados Unidos y los países latinoamericanos: eliminar el analfabetismo, aumentar la esperanza de vida,

estabilizar precios, aumentar la productividad agrícola, impulsar la reforma agraria y acelerar el proceso de industrialización racional, entre otros. Al año siguiente, Raúl Prebisch funda el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES) al interior de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). El mismo año se crean ministerios y organismos estatales encargados de la labor de planificación en Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, El Salvador, México, Paraguay y Venezuela. Si bien es cierto que el pensamiento desarrollista, en un sentido amplio, hunde sus raíces profundamente en la modernidad y su historia, es Rusia, a partir de la revolución bolchevique, el primer país que aplica de manera sistemática y a gran escala la planificación de la conducción de la sociedad. Por su parte, en el caso de América Latina, como explica Luis Lira:

[...] su aceptación generalizada como instrumento para promover el desarrollo deriva de las resoluciones de la Carta de Punta del Este en 1961 y de su mecanismo principal la Alianza para el Progreso que, entre otras, condicionaba la ayuda internacional a la preparación e implementación de programas nacionales de desarrollo económico y social.⁸

En términos técnicos, se hablará entonces de “planificación del desarrollo”, mientras que el discurso político que lo legitima vincula el concepto de desarrollo al de progreso.

8.- LIRA (2006) p. 9.

Resulta interesante observar que en el mismo año, 1961, en el prólogo a la edición en castellano de “The sociological imagination” de C. Wright Mills, Gino Germani, al referirse a “los ‘modelos’ de sociedad industrial que nos presentan los dos opuestos casos de la Unión Soviética y Estados Unidos”, se preguntaba: [si] por un lado el desarrollo económico es necesario (y deseable), ¿de qué manera evitar las deformaciones que –de acuerdo con nuestros valores– afectan aquellas dos expresiones particulares de sociedad “desarrollada”?⁹ En 1965, Germani publicará su influyente respuesta a esta interrogante: “Política y sociedad en una época de transición”, poniendo en el centro del debate sobre el desarrollo el concepto de modernización. No es que dicho concepto no hubiese estado en juego anteriormente, pero Germani lo puso a la orden del día recurriendo a un modelo que oponía sociedad tradicional y sociedad moderna. El proceso de transición entre ambas correspondía a la modernización. Para ello asumió las dicotomías propuestas por el sociólogo norteamericano Talcott Parsons como orientaciones normativas básicas de la acción social, características de la sociedad tradicional y de la moderna respectivamente: adscripción/logro; difusividad/especificidad de los roles; afectividad/neutralidad afectiva; orientaciones particularistas/universalismo, etc. En este sentido, el desarrollo como proceso de modernización supone transformaciones productivas pero también culturales, entendidas como adaptaciones a las formas de conciencia moderna y abandono de la visión mágica del mundo que envuelve a la sociedad tradicional. Este modelo tenía su antecedente en la clásica oposición entre “comunidad” y “sociedad”.

Pasarían más de 20 años para que estas ideas recibieran una severa crítica desde el punto de vista de la sociología de la cultura, cuando Pedro

Morandé arremetía contra el desarrollismo y los agentes de la modernización:

Los progresistas acusan muchas veces a la sociedad tradicional y, en particular, al catolicismo, de tener valores antimodernos. A esta postura se suman también los integristas que rechazan el mundo moderno a nombre de valores tradicionales antimodernos. Como se señalaba precedentemente, la modernidad no es una alternativa cultural particular, sino un intento de secularizar todos los valores en la funcionalidad de las estructuras. Se ataca a la sociedad tradicional por no adecuarse al primado de la racionalidad formal y no porque tenga ningún valor particular que sea obstáculo al desarrollo. En rigor, todo valor que se afirme a sí mismo independientemente de la funcionalidad de las estructuras, es un obstáculo al desarrollo.¹⁰

Pero esta crítica llegaría precisamente en la época de crisis del desarrollismo latinoamericano, a saber, la década de los 80, denominada por la misma CEPAL como “la década perdida” de América Latina.¹¹ Antes de eso la noción de desarrollo no adquirió una forma canónica. Precisamente por su cualidad de *significante vacío*, siguió siendo disputada.

Si bien la formulación del desarrollo como modernización hecha por Germani tuvo amplia recepción, fue contestada por otro diagnóstico que intentaba desestructurar principalmente la ortodoxia de los

9.- MILLS (1964) p. 14.

10.- MORANDÉ (1987) p. 143.

11.- Cfr. OCAMPO (2012).

economistas en favor de un análisis que integrara las variables sociales y políticas que permitían explicar mejor los fracasos del desarrollo latinoamericano: la teoría de la dependencia.

DESARROLLO Y DEPENDENCIA

Siguiendo a Edgar Moncayo, podemos distinguir dos versiones del enfoque de la dependencia:

a) La reformista, que sostiene que es posible superar el problema de la dependencia reformando el sistema capitalista y cuyos principales representantes son Fernando Enrique Cardoso, Enzo Faletto, Osvaldo Sunkel, Celso Furtado y Anibal Pinto, autores asociados a la CEPAL en los años sesenta y setenta; y b) la *marxista*, según la cual sólo una revolución socialista puede resolver los problemas de la dependencia y el subdesarrollo. En esta visión se inscriben los trabajos de Ruy Mauro Marini, Theotonio Dos Santos, André Gunder Frank, Oscar Bravo, Anibal Quijano y Antonio García, la mayoría de los cuales fueron producidos en la década de los setenta.¹²

A estas dos versiones agrego una tercera, aquella en que confluyen el enfoque económico-social de la dependencia y la reflexión de la teología de la liberación. Un representante de primera línea de esta versión es Franz Hinkelammert, quien, vinculado a organizaciones como Cristianos por el Socialismo en Chile y, posteriormente, al Departamento Ecuménico de Investigaciones de Costa Rica, llevó a cabo una fusión *sui generis* entre teoría económica y teología, insistiendo en la dialéctica entre desarrollo y subdesarrollo como determinante en la realidad de los países del tercer mundo.

Sin embargo, pocos pensadores tuvieron más impacto en la reflexión sobre la dependencia que

Fernando Enrique Cardoso y Enzo Faletto con su libro de 1969 “Dependencia y desarrollo en América Latina”. En él denunciaron la confusión entre el concepto de desarrollo y el de sistema capitalista, la que había llevado al equívoco de pensar que los países periféricos debían repetir las fases evolutivas de los países centrales, hipótesis que el análisis histórico del desarrollo de los países industrializados echaba rápidamente por tierra. En 1975 los autores publicaron un *postscriptum* al libro, cuando prácticamente toda América Latina se encontraba bajo el control de dictaduras militares incentivadas por el gobierno norteamericano, con el fin de revisar algunas de las hipótesis trabajadas anteriormente a la luz del nuevo modelo de Estado burocrático-autoritario en despliegue. El diagnóstico propuesto en este trabajo fue reelaborado por Faletto a lo largo de varios años de producción intelectual.

Desde mediados del siglo XX las sociedades latinoamericanas, sea en el contexto de un proceso reformista democrático o de un esquema nacional-popular, recibieron con atención el diagnóstico de la CEPAL que marcó profundamente la política de desarrollo económico a partir de los años 50: es la teoría del deterioro de los términos del intercambio propugnada por Raúl Prebisch y la insistencia en una intensa reforma estructural orientada a la sustitución de importaciones. Esta se tradujo en el fortalecimiento de las funciones

12.- MONCAYO (2002) p. 33.

económicas del Estado y el robustecimiento del sector industrial nacional:

[...] el proceso de industrialización, y, principalmente, la industrialización sustitutiva, se produce en el marco de un acuerdo político, en el cual toman parte, además de los empresarios, otros sectores sociales, tales como los sectores populares que estaban presionando por su incorporación al mercado y por su participación política.¹³

Este proceso, con fuerte participación del Estado, produjo crecimiento económico y redistribución social de la riqueza en países con una situación social compleja, a menudo grave, caracterizados por un acelerado crecimiento de sus ciudades, la expansión de los grupos medios y de la clase obrera, pero también del sector económico informal en que se movía gran parte de la población económicamente activa, con una inicialmente tímida pero creciente incorporación de los sectores campesinos a la participación política y con un gran problema, quizá el más crítico: la marginalidad urbana que se hace visible tras el largo proceso de migración campo-ciudad (ver imagen 4).

Desde el punto de vista de la dependencia, es decir, de la consideración del proceso de subordinación de las estructuras económicas, políticas y culturales de sociedades periféricas respecto a un centro hegemónico, las transformaciones económicas externas definen la forma de inserción de las sociedades dependientes en la economía y la política internacional e implican reorganizaciones del orden político interno. Por su dependencia, América Latina es tremendamente sensible a los influjos externos. Como explicó Faletto, *esa sensibilidad de la economía a la relación externa y la urgente necesidad de acomodo dan lugar a rápidos procesos de desorganización y reorganización de*

la estructura económica de la periferia.¹⁴ El retraso económico y social en que se tradujo la inserción dependiente de los países latinoamericanos en el mercado internacional es, sin duda, anterior a 1945. Sin embargo, la coyuntura de mediados del siglo XX exigía una reconfiguración profunda tanto del Estado que *expresa en todos los casos el conjunto de relaciones económicas, sociales y, especialmente, de poder que se dan en una sociedad,¹⁵* así como la participación social en la riqueza y en el poder, participación que se vincula íntimamente con la mencionada rearticulación del Estado en tanto este es el espacio de ampliación o de restricción de dicha participación.

Al estudiar las relaciones entre el Estado y la sociedad civil, Faletto observó un predominio de aquél sobre ésta: *Estado no es sólo la expresión política de la sociedad y del poder que existe en ella sino que, además, organiza el conjunto de la sociedad.¹⁶* Esta exacerbada centralidad estatal es clave para comprender el llamado “Estado de compromiso” que caracterizó una época de confluencia social, pero también de fuertes pugnas de interés. El Estado de compromiso no se identifica necesariamente con el régimen democrático, por ello su crisis no puede confundirse con la crisis de dicho régimen:

13.- FALETTO y KIRKWOOD (1976) p. 33.

14.- FALETTO (1989) p. 182.

15.- Ibid. p. 162.

16.- Ibid p. 182.

*[...] era difícil encontrar en la práctica política de la mayoría de los países del área, un sistema real de partidos: formas institucionales que reglamentaran el juego de la oposición con la división entre los llamados poderes del Estado, que aparecía en la Constitución pero no se daba en la práctica.*¹⁷

Chile y Uruguay constituían la excepción democrática. Ambos países coinciden en haber transitado desde la crisis de la república oligárquica al Estado de participación ampliada con un sistema de partidos fuerte y donde la integración de los sectores medios y populares se apoyó en la vía política de formación de frentes populares. En muchos otros casos, como en la Argentina peronista, el Brasil de Vargas (con sus giros desde el autoritarismo al socialismo), en Perú (con lo que significó la fuerte represión del APRA), Bolivia o México, los procesos de reforma y democratización social se dieron en un contexto sólo nominalmente democrático, e incluso en ambientes abiertamente autoritarios. Esa fue, en efecto, la forma que tomó el experimento nacional-popular: una creciente democracia social —con redistribución económica y mejoras sociales para amplias capas de población por la vía estatal— con bajos o nulos avances en la democratización política. En estos años se asocia desarrollo con industrialización nacional y se fortalece una retórica referente a la autonomía económica en miras a la “segunda independencia” del continente.¹⁸

Previo al quiebre del Estado de compromiso y, con ello, al fracaso de las políticas de desarrollo capitalista de Estado, la revolución cubana generó un punto de inflexión en América Latina. Un intelectual cubano, Aurelio Alonso, se refería hace pocos años a la radicalidad de dicha transformación en los siguientes términos:

*A las generaciones que vivimos los sesenta nos tocó afrontar el enorme desafío de cambiar radicalmente, en un plazo muy corto, la sociedad capitalista dependiente de la cual salimos, y eso no lo va a vivir ninguna otra generación en Cuba [...] En aquel desafío irreplicable de demoler el sistema en que nos habíamos formado para hacer otro sistema distinto mostramos una radicalidad extrema, que se rebelaba a unos dogmas tratando de imponer otros, a veces de unos excesos que hoy nos alarmarían.*¹⁹

La revolución cubana introdujo, con la radicalidad de la que habla Alonso, una escisión en la izquierda política y en algunos casos tendió a sustituir el proceso político de masas, característico del populismo, por la acción militar de grupos guerrilleros que propugnaban la ruptura radical con la “expansión capitalista-oligopólica internacional”.²⁰ *La sombra de Guevara*, como llamaron Faletto y Cardoso a la actividad revolucionaria que se extendió por América Latina, polarizó fuertemente el movimiento político latinoamericano, aun cuando no anuló la perspectiva reformista que veía al Estado no tanto

17.- FALETTO y KIRKWOOD (1976) p. 3.

18.- Esta es, en general, una situación con rasgos comunes para todo el “tercer mundo”: en África, Asia y América Latina —especialmente en Centroamérica y el Caribe— se manifiesta con intensidad el cruce entre “desarrollo” y “descolonización”.

19.- ALONSO (2012) p. 3

20.- FALETTO y CARDOSO (1975) p. 192

como una institución burguesa que destruir, sino como aval de una posible transformación general de la sociedad, siempre que fuera sometido al control popular. Esta última era la perspectiva defendida por los autores²¹ (ver imagen 5).

Ahora bien, hacia los años 70 el continente se enfrenta a un profundo cambio social que implica en algunos casos, como el brasileño, la apropiación del proyecto de industrialización nacional por parte de los militares y, en otros, el acelerado desmantelamiento de las estructuras productivas fomentadas antaño por la política de industrialización sustitutiva, así como la represión de las alianzas sociales construidas durante las décadas anteriores: es el paso del Estado de compromiso al Estado burocrático-autoritario.

*El nuevo orden se propone “estabilizar” las relaciones sociales, disciplinar la fuerza de trabajo, terminar con demandas excesivas o “prematuras”, suprimir la autonomía sindical, eliminar los partidos políticos y las elecciones puesto que constituyen los canales para expresar las demandas que, previamente, se calificaron de excesivas y prematuras. El Estado, es una Estado de exclusión política; un mecanismo de control.*²²

En este nuevo escenario comenzará una redefinición del concepto de *desarrollo*, asociado en la dimensión económica a una intensificación de las relaciones entre el Estado y las empresas multinacionales.

La trama cambia bruscamente. Se revierten los avances en la democracia social y se asienta el autoritarismo político en el continente. Se desata la *violencia ritual*²³ que no amainará durante varios lustros. Las herramientas específicas de coacción utilizadas por el Estado autoritario son la persecución de la manifestación política y la aplicación de prácticas de guerra policial sobre la población civil. Desde el punto de vista del gobierno norteamericano —que fue capaz de arrojar más bombas sobre Vietnam que sobre toda Europa durante la segunda guerra mundial—²⁴, el fracaso de las ambiciones de la Alianza para el Progreso y la creciente influencia de la revolución cubana sobre el continente tenían como consecuencia lógica el despliegue policial de la guerra antisubversiva.²⁵

21.- Ibid. p. 192.

22.- FALETTO y KIRKWOOD (1976) p. 12.

23.- MORANDÉ (1987) p. 187.

24.- MORRIS et al. (2004).

25.- Cabe notar que la difusión del secuestro, la tortura y las desapariciones como técnicas de la guerra antisubversiva en América Latina no fueron realizados exclusivamente por el gobierno de Estados Unidos y su conocida “Escuela de las Américas”. El ejército francés las aplicó sobre la población de Indochina y Argelia durante las guerras de independencia en los años 50, y posteriormente las difundió también en América, especialmente entre los militares de la dictadura argentina. Cf. el trabajo documental de la historiadora Marie Monique Robin (2003).

REFLEXIONES FINALES: LA GUERRA FRÍA Y LA INSTITUCIONALIDAD DEL DESARROLLO

No ha sido mi intención en este ensayo realizar un recorrido exhaustivo de la noción de desarrollo. Lejos de eso, sólo he pretendido mostrar algunos hitos que han marcado su apropiación técnico-política a lo largo de los convulsos años de la Guerra Fría en América Latina.

Sin embargo, el uso de este *significante vacío* no ha cesado. Si bien por una parte el predominante modelo de libre mercado produce una disminución del tamaño del Estado y de su capacidad de planificación en la sociedad; por otra, el discurso que le da sentido no desestima el uso del concepto *desarrollo* de forma que sigue pareciendo siempre fundamental, pero jamás realizable. De hecho, lo ha vuelto a vincular nuevamente a la idea de modernización y a otras como la de globalización, apertura económica, etc.

Resulta interesante ver que aun hoy no existe líder latinoamericano que renuncie a usarlo, prometiendo incluso insólitos plazos de concreción del proceso, justo en el momento en que el concepto de desarrollo no sólo es más ambiguo, sino que más vaciado de significado que nunca. Los abun-

dantes adjetivos que se acoplan a él (*desarrollo sustentable, durable, territorial, local, etc.*) responden al desmembramiento de su capacidad de significación. El *desarrollo* necesita ahora aferrarse a los más diversos planos de realidad para retener algún rendimiento semántico. Eventualmente, la ausencia de una disputa por los contenidos de un *significante vacío* como éste produciría la transformación del *significante* en un puro sonido, en mero *flatus voci*. De este agotamiento, semántico y funcional, es de lo que ha venido hablando desde hace un tiempo el prefijo inserto en las reflexiones sobre *post desarrollo*.

Pero no podemos aún dar por muerto este concepto. De hecho, es fácil ver por qué no lo está. Toda la *institucionalidad del desarrollo*, la serie de organizaciones subnacionales, nacionales e internacionales que dieron vida social al concepto, siguen funcionando e incluso se han fortalecido. Son instituciones forjadas bajo la gélida atmósfera de Guerra Fría que predominó durante la segunda mitad del siglo XX. No son sólo las burocracias de espionaje y los partidos políticos de dicha época los que siguen actuando, sino también las instituciones que orientan técnica y políticamente al mundo (Naciones Unidas, la CEPAL, la Organización de Estados Americanos [OEA], la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico [OCDE], el BID, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, entre otras.²⁶

²⁶- Sobre las disputas intelectuales y la institucionalidad cultural que nació a la luz de la guerra fría, véase Judt (2011) p. 297ss, especialmente el capítulo "La guerra de las culturas".

No todas estas organizaciones son productos de la Guerra Fría. La mayor parte de ellas son más bien productos de la postguerra iniciada en 1945. Pero lo cierto es que operaron y tuvieron amplia influencia justamente en los años en que la bipolaridad soviético-norteamericana estaba en funcionamiento. Forman parte de sistemas institucionales que no sólo están definidos por la Guerra Fría, sino que también le dieron una forma específica a ésta, definiendo especialmente el carácter que tomó en América Latina. A menudo le dieron a esta guerra la forma de un conflicto por el “modelo de desarrollo”, entendido como industrialización y modernización. Estas instituciones son parte importante del cuadro que enmarca las disputas semánticas en torno al concepto en cuestión. Estas disputas semánticas fueron también disputas prácticas y, como contrapunto a lo *frío* del conflicto soviético-norteamericano, transformaron América Latina en una zona *caliente*.

Visto así, difícilmente América Latina se podía introducir en el *mundo poshistórico* predicado por Fukuyama. El problema del desarrollo pervive. Pervive también la institucionalidad que fue creada para solucionarlo. Lejos de haber arribado a un estadio histórico final el continente aún busca su lugar en un orden mundial donde se ha suprimido “el segundo mundo” y el orden internacional se ha polarizado entre el primero y el tercero.

Ha terminado la Guerra Fría en términos de macro-conflicto entre la URSS y los Estados Unidos, pero los problemas teóricos y prácticos que adquirieron forma y sustancia a lo largo de aquella no han dejado de rondar. Hoy, el mundo poshistórico y multipolar que parecía emerger hace 25 años con la caída del muro de Berlín parece estar abriendo paso a nuevas propuestas de bipolaridad. Como si Estados Unidos y China parecieran dispuestos a revivir voluntariamente las condiciones para un acrecentamiento de la historia de la que Fukuyama pensó que comenzábamos a despedirnos.

Muchos de los problemas asociados al desarrollo latinoamericano, evidentemente, desbordan los límites temporales de esta guerra entre ex-aliados. Sin embargo, la forma en que aprendimos a pensar estos problemas sigue siendo tributaria de este peculiar conflicto mundial. Así, parece que la Guerra Fría nos enseñó a pensar de un modo que aún es difícil olvidar.

IMÁGENES: GUERRA FRÍA Y DESARROLLO

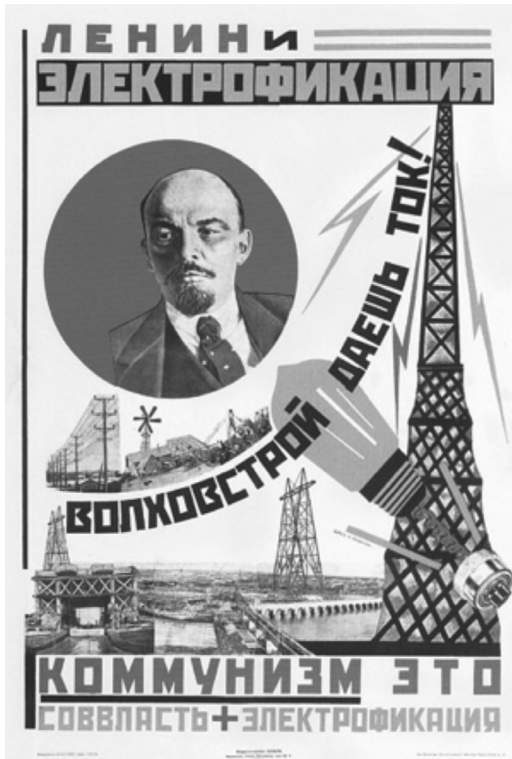


Imagen 1

“Soviets + electricidad= comunismo”: la fórmula de Lenin será continuada por Stalin. Los rusos, conocedores de las matemáticas y de la ironía, no pudieron evitar calcular: ¿sería entonces la electricidad igual a comunismo sin soviets? ¿O los soviets a comunismo sin electricidad? Los mismos cálculos se pueden aplicar a la fórmula de Fukuyama: “democracia liberal + grabadoras de video= Estado homogéneo universal”.





Imagen 2

Una imagen de las contradicciones del modelo de desarrollo norteamericano: un billboard que promociona el “world´s highest standard of living” y frente al cual se agolpa una fila de damnificados de la inundación de 1937 en Kentucky.



Imagen 3

Kennedy habla en la Casa Blanca a los delegados de los países latinoamericanos miembros de la Alianza para el Progreso en una ceremonia en marzo de 1962.



.....
Imagen 4

Una imagen de la ciudad latinoamericana. Desigualdad, pobreza, marginalidad e informalidad: razones de la búsqueda y obstáculos en la concreción del desarrollo latinoamericano.



.....
Imagen 5

Ernesto Guevara, tras el triunfo de la revolución en 1959, representó a Cuba en numerosas instancias internacionales. En la foto, compartiendo con Raúl Prebisch, Hernán y Alfonso Santa Cruz en la reunión de la UNCTAD en Ginebra, año 1964. La “sombra de Guevara”, como le llamara Faletto y Cardoso, se extendería por el continente aún después de su muerte en 1967.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO, Aurelio (2012): Conferencia inaugural del III Encuentro de Crítica e Investigación Joven “Pensamos Cuba”. 9 de marzo de 2012. Disponible en: <http://www.rosa-blindada.info/?p=2086>

CARDOSO, Fernando y **FALETTO**, Enzo (1975): *Post Scriptum* a “Dependencia y desarrollo en América Latina” (CEDES) pp. 167- 213.

_____ (1969): *Dependencia y desarrollo en América Latina* (México, Siglo veintiuno editores).

CARTA DE PUNTA DEL ESTE (1961): Alianza para el Progreso. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MCO016012.pdf>

FALETTO, Enzo (1989): “La especificidad del Estado latinoamericano”, *Revista CEPAL* (38): pp. 161-200.

FALETTO, Enzo y **KIRKWOOD**, Julieta (1976): *Política y comportamientos sociales en América Latina*, (Santiago, FLACSO).

FUKUYAMA, Francis (1990): “¿El fin de la historia?”, *Revista CEP*: (N°37, Santiago). Disponible en: http://www.cep.cl/dms/archivo_1052_1200/rev37_fukuyama.pdf

GERMANI, Gino (1965): *Política y sociedad en una época de transición. ¿De la sociedad tradicional a la sociedad de masas?* (Buenos Aires. Paidós). 371 p.

HOBBSBAWN, Eric (2007): *Historia del Siglo XX* (Buenos Aires. Crítica. Paidós). 612 p.

JUDT, Tony (2011): *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945* (México. Taurus). 1.212 p.

LACLAU, Ernesto (1996): *Emancipación y diferencia* (Buenos Aires. Ariel). 214 p.

LIRA, Luis (2006): *Revalorización de la planificación del desarrollo* (Santiago. CEPAL, Serie Gestión Pública N°59). 73 p.

MARX, Karl (1970): *Contribución a la crítica de la economía política* (Buenos Aires. Estudio).

MILLS, Charles Wright (1961): La imaginación sociológica, “Prólogo” por Gino Germani (México. FCE). 255 p.

MONCAYO, Jiménez (2002): Nuevos enfoques teóricos, evolución de las políticas regionales e impacto territorial de la globalización (Santiago. CEPAL, Serie Gestión Pública N°27). 78 p.

MORANDÉ, Pedro (1987): *Cultura y modernización en América Latina* (Madrid. Ediciones Encuentro). 188 p.

MORRIS, E., et al. (2004): *The fog of war: eleven lessons from the life of Robert S. McNamara*. (Culver City: Columbia TriStar Home Entertainment) [DVD].

OCAMPO, José Antonio (2012): La historia y los retos del desarrollo latinoamericano (Santiago. Chile. CEPAL). 32 p.

ROBIN, Marie Monique (2003): Escadrons de la mort, l'école française, (CANAL +/ ARTE) [DVD].

SAUVY, Alfred (1952): "Trois mondes, une planète", *L'Observateur* (Agosto 1952, n°118).
Disponible en: <http://www.homme-moderne.org/societe/demo/sauvy/3mondes.html>

Imágenes

(1) Posters de Lenin y Stalin. Disponible en: http://library.brown.edu/cds/Views_and_Reviews/item_views/medium_itemlevel_posters.php?id=1&view_type=medium_index

(2) Bourke-White, Margaret (1937): "World's Highest Standard of Living". Disponible en:
<http://life.time.com/behind-the-picture/the-american-way-photos-from-the-great-ohio-river-flood-of-1937/#1>

(3) "Kennedy en la Casa Blanca" (1962). Disponible en: <http://www.jfklibrary.org/Asset-Viewer/Archives/JFKWHP-KN-C20416.aspx>

(4) "Favela". Disponible en: <http://blogdelviejotopo.blogspot.com/2013/04/brasil-diez-anos-despues-en-la-revista.html>

(5) "Cena junto al Che Guevara y otros asistentes a la Conferencia de la UNCTAD" (1964). Disponible en: http://163.247.50.16/webrree.nsf/vwfotoXarchivo2/3220*x*-x*FC*x*1464.jpg?OpenDocument&-Carpeta=&Mat=